

Las huellas que dejó Endara y su cámara

Margarethe Tirado

Universidad Andina Simón Bolívar, sede Ecuador
margarethe.ti.hart@gmail.com

En 1826, Nicéphore Niépce, con una cámara oscura y placas de peltre recubiertas de betún, capturó la primera imagen fotográfica conocida como *Vista desde la ventana en Le Gras*, una imagen fantasma de tonos grises que invade el presente. Es curioso que casi cien años después de esta primera fotografía de Niépce, en 1929, Carlos Endara, fotógrafo ecuatoriano, haya captado posiblemente las primeras imágenes filmicas que registran a diferentes ciudades del Ecuador a principios del siglo xx, como Guayaquil, Ambato, Ibarra y Quito. Las imágenes de Endara, al igual que la fotografía de Niépce, suponen un agrietamiento en la conciencia del espacio presente, donde el pasado se filtra para perturbar la perspectiva de la historia. En particular, las imágenes de Endara provocan un repensar los espacios construidos, habitados y los fenómenos sociales y políticos que se yuxtaponen a las experiencias humanas, tensiones y dinámicas.

Alex Schlenker, quien restauró, digitalizó y editó las imágenes filmicas de Endara, nos permite acercarnos al filme *De Guayaquil a Quito, Ecuador, 1929* (2019), donde se entretajan una serie de imágenes que muestran una visión panorámica del pasado. En el documental, la experiencia visual de las imágenes es potenciada por una serie de nuevos recursos sonoros y narrativos que amplían la percepción de esos instantes perdidos de la historia. No obstante, si bien algunos datos mencionados permiten contextualizar y fijar los espacios retenidos en las imágenes, al igual que el sonido que activa la percepción auditiva, la imagen por sí sola produce esa apertura al extrañamiento, al espacio disonante con la actualidad, pero al mismo tiempo ligado a lo nuevo. Espacios que muestran el continuo movimiento de la materia. Los instantes aprehendidos, no regresan el pasado íntegro, solo nos permiten pequeñas dosis que hablan del tiempo, el silencio y la transformación.

Las imágenes de Endara se dilatan en un tiempo inconmensurable, abriendo surcos de nuevas posibilidades de leer y renovar la historia. Un desfile militar, un tren, un puerto, un observatorio, los espacios rurales y ciudadanos son algunas de las imágenes que evidencian el desdoblamiento de los espacios, la posibilidad de transmutación que reside en la materia, en los cuerpos, las construcciones e incluso en las dinámicas que las atraviesan. Las imágenes son huellas de un pasado, los rezagos de un todo que no vuelve por completo, pero sus residuos son capaces de irrumpir el tiempo fijado. En palabras de George Didi-Huberman, las imágenes pueden ser pensadas como restos que «ofrecen no solamente el soporte sintomático —verdad de un tiempo reprimido de la historia—, sino también el lugar mismo y la textura del ‘contenido de las cosas’, del ‘trabajo de las cosas’».

Las grabaciones de Endara no son representaciones de un pasado, al contrario, son fragmentos del pasado en sí, con la capacidad de fracturar las líneas históricas, detener el tiempo e incluso fraguar la posibilidad de engendrar nuevas miradas de las ciudades, tejiendo alianzas con lo olvidado para reinventar la memoria. En este sentido, Endara no solo capturó imágenes, sino a la ciudad misma, fracciones de lugares y personajes que sobreviven al tiempo sin la degradación de los años. Las imágenes en *De Guayaquil a Quito, Ecuador 1929* son materia latente con la capacidad de interpelar a quien la observa mediante una poética del espacio que infiere nuevos y viejos elementos en el imaginario colectivo.